

EL VESTIDO, EL ADORNO Y EL CALZADO SEGÚN SAN ISIDORO DE SEVILLA,

ETIMOLOGÍAS, Libro XIX, *Acerca de las naves, edificios y vestidos.*

M^a Fernanda Trujillo León

El ingenio y la sabiduría en su origen. “*Sobre la invención del tejido*” (Etimologías, cap. 20).

Este proceso de investigación sobre “*El vestido, adorno y calzado en las Etimologías*” responde al hecho exclusivamente humano de la Moda. Porque, a la vista del libro XIX, surge la pregunta: ¿existió una moda en el s.VI más allá de la razón vital de cubrirse el cuerpo y los pies para preservarse de las inclemencias de la Naturaleza?

Isidoro, el hispalense, nuestro San Isidoro, ávido testigo de los referentes históricos y del conocimiento de su época, concede gran importancia a dichos elementos, lo que para otros coetáneos podría haber resultado irrelevantes por frívolos o insustanciales. Así pues, se impone el intento de establecer una clasificación, porque, aunque el autor de las *Etimologías* ya la establece en sus correspondientes capítulos del Libro XIX, se ha optado por ordenar los elementos alfabéticamente para poderlos identificar con claridad y así distinguir su uso, diferencia o similitud.

Isidoro, el hispalense, se cuestiona en un principio el origen de la creatividad que él viene a denominar *ingenio*. Pero no se limita solo a nombrar, quiere precisar de dónde proviene y dónde radica: “*Los gentiles celebran a una tal Minerva que estaba dotada de mucho ingenio, y aseguran que fue ella la que primero enseñó el oficio de tejer, así como a urdir la tela y a teñir las lanas. (...) Pero esto no es más que una ficción poética, ya que no es Minerva la maestra de dichas artes, lo que ocurre es que la sabiduría –según se dice- radica en la cabeza del hombre y Minerva nació, según la leyenda, de la cabeza de Júpiter, por lo cual se la considera como el ingenio*”. En un análisis que podríamos denominar claramente actual, distingue entre leyenda y racionalidad: “*Por igual motivo, el sentido de la persona sabia, que todo lo descubre, reside en la cabeza. Por eso se dice que Minerva es la diosa de las artes, porque nada hay más excelente que el ingenio, por el cual todo se rige*”.

Nuestro erudito y santo hispalense distingue en primer lugar entre vestido talar y vestido de uso común y nombra así las “*Vestiduras sacerdotales mencionadas en la Ley*” (*Ibidem* cap. 21) de las que quedan registradas ocho entradas.

Sobre el vestido común: “*Diferentes vestidos y sus nombres*” (*Ibidem* cap. 22) no se conforma con enumerar solo vestidos y tejidos. Va más allá y hace una clasificación general, a modo de introducción. Así pues hace “*Relación de prendas donde se constata la posición en relación con el cuerpo, antigüedad, lugar de procedencia y material de confección*” de las que se han constatado cincuenta y una entradas; seis en relación con la posición y uso con el cuerpo y cuarenta y cinco identificadas, entre otros, por origen, forma y materiales. Tómese entre las primeras, por ejemplo, “*Indumentum (intus induere)*” término que aún hoy reconocemos en nuestra palabra indumentaria. De la segunda serie, podríamos señalar “*Túnica*” que ha pervivido hasta el lenguaje concerniente a prendas ya sean de uso eclesiástico o civil, hasta nuestros días.

Esta investigación comprueba que el erudito Isidoro se percata de la importancia de la Moda (según la R.A.E. en su *Diccionario usual de 2014, Moda* (<http://www.rae.es/recursos/diccionarios/drae>, consultado en Octubre de 2014), en su

primera acepción, es: “Uso, modo o costumbre que está en boga durante algún tiempo, o en determinado país, con especialidad en los trajes, telas y adornos, principalmente los recién introducidos”. Pues bien, ya San Isidoro, en el s. VI comenta: “la mayoría de las vestiduras toman su nombre del tiempo en que con más frecuencia se usan, o del lugar en que por primera vez se confeccionaron o que más se venden, o por su color o el nombre de quien impuso su moda”. Si nos remontáramos en el tiempo y retornáramos al s. XXI, podríamos ver el paralelismo en cuanto a las referencias de prendas y elementos denominados como “sudadera”, “vaquero”, “rebeca”, una “chemise Lacoste” o un “Rolex”.

San Isidoro identifica igualmente la indumentaria “Sobre la forma de vestir típica de algunos pueblos” (*Ibíd*em cap. 23)

En este apartado incluye elementos orgánicos tales como la circuncisión judía como componente diferenciador u otros como el color de la piel o el cabello. E incluso los define por un estado anímico determinado: “cuando carecen de caballos muestran apatía”

Así pues, en el apartado Vestido/tocado/utensilios y otros distintivos corporales se han verificado veinte entradas como los ya mencionados “Britanos: lucen tatuajes”. ¿Acaso es el tatuaje algo ajeno a nuestra cultura urbana en el siglo XXI?

El autor de las *Etimologías* hace también una diferenciación de la apariencia entre sexos, en función de los cabellos y los mantos “Mantos de los Hombres, Mantos de las Mujeres” (*Ibíd*em caps. 24, 25) “Los hombres llevan cabellera corta”. Las mujeres llevan cabello largo, a veces recogido rodeando la cabeza cuidadosamente. ¿Cabría, en términos generales, extrapolar y reconocer este modo de apariencia en algunos círculos de nuestra sociedad actual?

De entre las dieciocho entradas registradas en el primer caso, la *Casulla*, definido como vestido con capuchón que cubre todo el cuerpo, continúa en vigor en la actualidad, referido a órdenes monásticas y al sacerdocio.

De las diez entradas registradas en el segundo, la *estola* es fácilmente reconocible hoy, tanto en el vestuario femenino como en el sacerdotal masculino.

Mención preferente le merecen los adornos femeninos exclusivos de la cabeza “Adornos de la cabeza de las mujeres” (*Ibíd*em cap. 31)

La ornamentación, complemento del vestir, también tiene su lugar en *Las Etimologías*. Su autor la define como “Adornos” (*Ibíd*em cap. 30)

Obsérvese el plural de muchos de estos elementos, bien porque su uso doble es en forma de engarzado en cuentas, cadenas y otros. Y se toman como “adorno”, asimismo, los frascos destinados a guardar el perfume. Por cuanto “*Embellecen los rostros (...) y el aspecto externo de las persona*” hoy mismo podríamos identificarlos como “complementos” en las tiendas de moda de nuestro siglo. Los adornos que enumera el erudito hispalense, seis en términos generales que complementan el exorno de reyes y sacerdotes y veinticinco en el caso concreto de las mujeres, refieren a broches, pulseras y otros aderezos para el cabello. Una de las entradas, recoge el término “*Redecilla*” que aún hoy pervive entre nosotros. Un término a tener en cuenta podría ser *Inaures* (definido así, en plural) “(...) *penden de las orejas (aures)*”. “*En Grecia, las muchachas las llevaban en las dos orejas; los muchachos en la oreja derecha*” Nada nuevo bajo el sol, pues.

Es muy a tener en cuenta el capítulo “Sobre los Anillos” (*Ibíd*em cap. 32) Este elemento debió ser de gran relevancia en la condición social de los individuos, además de una suerte de autoría al tener función de sello y firma. Se han recogido cinco entradas. El autor de *Las Etimologías* refiere el origen de los mismos a la

Mitología, con su uso por Prometeo “*el primero que ciñó su dedo con un aro de hierro en el que iba engarzada una piedrecilla*”. Y tras buscar la etimología de la palabra, refiere que “*los hombres, en un principio, llevaron los anillos en el cuarto dedo a partir del pulgar, porque por él corre una vena que llega hasta el corazón, y los antiguos pensaron que era preciso señalarla y adornarla de una manera especial*”. Refiere a Plinio y al mundo romano: “*Entre los romanos, los anillos se concedían a expensas del Estado, pero no de una forma indiscriminada (...) De acuerdo con su dignidad, a los hombres principales se les entregaban anillos con gemas engarzadas; a las demás personas, anillos macizos*”. Constata la condición social del anillo: oro para los hombres libres, plata para los libertos y hierro para los esclavos. Estas dos últimas clases sociales no podían lucirlo en público. Los hombres libres, como tales, podían usar el hierro indistintamente. A veces era muestra de dignidad el prescindir de su uso. La mujer, indica nuestro autor, en un principio mostraba el anillo únicamente cuando le era regalado por el prometido y no lucía más de dos anillos de oro. Pero en el s. VI las cosas han cambiado: “*(...) hoy, en cambio, no hay mujer alguna que se prive de llevar todos sus dedos adornados y cubiertos con anillos de oro*”

"Sobre los Cíngulos" (Ibíd. cap. 33) El cíngulo, tenía gran importancia como complemento del vestido de la época, ya fuera por su funcionalidad (en la antigüedad, aunque el botón era conocido, no era de uso común) o por su función estética. Se han constatado quince registros, entre ellos “*Cinctus, cinturón ancho*”. Aún hoy nos atamos al cinto y usamos cinturón.

No olvida nuestro eminente Isidoro el calzado: “*Sobre los calzados*” (Ibíd. cap. 34) mencionando de paso a los artesanos que los confeccionan. Se han registrado veinticuatro entradas, entre las cuales encontramos *Sandalia* de uso común en el lenguaje del s. XXI, usado ahora por hombres y mujeres indistintamente.

Conclusión

Visto lo anterior, y salvando las circunstancias del tiempo y el contexto histórico, hemos de reconocer que San Isidoro fue lo que hoy podríamos llamar un visionario, un adelantado a su tiempo. Fue consciente de la vital importancia que el vestido y el adorno tienen para el ser humano, algo sin parangón en la Naturaleza. Los animales, si se permite la banalidad del término, no pueden *presumir* de imagen. De ellos se ocupa la misma Naturaleza dotándoles de los elementos biológicos necesarios para enfrentarse a su entorno. Los hombres y las mujeres, por el contrario, pueden y quieren exteriorizar sus sentimientos, su condición social o su trabajo mediante la vestimenta y el exorno, independientemente de las condiciones medioambientales. O lo que es lo mismo, crean la Moda, como elemento que los hace únicos aún dentro de la uniformidad de la clase social a la que pertenezcan, o al oficio que puedan desempeñar dentro de su colectividad.

Y de todo ello se percata nuestro San Isidoro, el erudito hispalense, sin perder de vista la funcionalidad y los materiales, que menciona exhaustivamente, y que dejan entrever un sustrato económico importante (artesanos, orfebres, etc.) un equivalente a los profesionales, tejidos y complementos que rigen el mundo de la moda en la actualidad. La única diferencia quizás sea la democratización que afortunadamente la aldea global ha establecido, pero también, por el contrario, el sometimiento a un consumo exagerado que, la clarividencia de San Isidoro, de haber vivido en nuestro siglo XXI, sin lugar a dudas habría evidenciado.
